

La historia de un lamento.

The story of a lament.

Javier Alejandro Kuhalainen Munar.

Psiquiatra adjunto en el Hospital Comarcal de Inca (Mallorca). Responsable del programa de familias del Área de Salud Mental Tramuntana (Mallorca). Corresponsable del programa del Módulo de "Introducción a la Psicoterapia" dirigido a MIR psiquiatría, EIR Salud Mental y PIR.

Resumen: El presente artículo pretende arrojar algo de luz en la oscura cueva de la subjetividad en nuestra práctica clínica, donde nuestra biografía, experiencia de vida y deseo colisionan con el desastre de una vida hecha pedazos de una persona que sufre de una enfermedad mental grave, cuando esa persona aparece en nuestro turno diario en el servicio de urgencias de salud mental.

Palabras clave: Psicoanálisis, transferencia, deseo, objeto a.

Abstract: The present article aims to pour some light in the dark cave of subjectiveness in our clinical practice, where our biography, life experience and desire collides with the disaster of a shattered life of a person suffering from a severe mental illness, when that person shows up in our daily shift in the mental health emergencies department.

Keywords: Psychoanalysis, transference, desire, object a.

Historia de un Lamento

El presente artículo nace de una experiencia clínica ocurrida hace más de quince años, que resultó ser providencial para un paciente, y que recientemente también lo ha sido para el clínico que se vio involucrado en un encuentro trascendental para ambos. Sin pretender hacer ciencia ni referenciarlo con teorías o artículos, la desnudez del relato busca, humildemente, que el lector pueda quizás identificarse o incluso tomar conciencia de la naturaleza del deseo que anima al clínico a seguir adelante.

Corría el año 2007, época en la que era residente de tercer o cuarto año de psiquiatría en el Hospital Universitario Son Dureta. Como cualquier otra mañana de entonces, iba al hospital montado en un autobús de línea, atestado de gente que, a primera hora de la mañana, como un servidor, para terminar en su puesto de trabajo o recibir alguna atención clínica. Una de esas mañanas cualquiera una voz gritó "¡Doctor! ¡Doctor!". De forma automática volví mi cabeza para saber de quién se podría tratar, y a quién se dirigía en un lugar, pensaba, tan poco oportuno para que a uno le nombren así.

Era a mí. Yo era el destinatario de esa llamada, que se encarnó en un hombre, algo mayor que yo, que fue avanzando, a brazadas y contorsiones de cadera, entre una marea de personas, curiosas de saber qué cosa extraordinaria se estaba produciendo tan pronto en la mañana, antes incluso de llegar a la jungla del hospital.

Casi sin darme cuenta ya había llegado este hombre a mi lado. Estaba agitado por la emoción del encuentro y en su rostro avanzaba un mensaje que hacía tiempo que necesitaba llegar a mi persona.

“Doctor ¡Que alegría volverle a ver! Quizás usted ya no se acuerda de mí. Quiero agradecerle cuánto me ayudaron sus palabras. Fue en urgencias del hospital. Yo estaba muy mal, doctor. Le recuerdo que allí estaba, en la zona de observación, muy alto y con la bata blanca. Yo me acerqué a usted a pedirle ayuda. Usted me miró, me tocó el hombro y ¿no recuerda lo que me dijo?”

En ese momento creo que entré en shock. Nunca me había encontrado interpelado de esta manera fuera de mi puesto de trabajo, desarmado de mi bata, de un manual de psicofarmacología de bolsillo y varias pastillas de *Zyprexa velotab*. Estaba literalmente fuera de juego, ignorante de lo que iba a suceder después, y carente de recursos para responder. Salvo uno, que fue simplemente ser honesto.

“No, no recuerdo lo que le dije”

“Doctor, me dijo NO TE PREOCUPES, TODO IRA BIEN. Luego se marchó. A mí me ingresaron en psiquiatría, y estuve un tiempo allí. Desde entonces sus palabras me han acompañado en todo momento. No sabe usted lo importante que fueron para mí sus palabras, que le estaré siempre agradecido.”

Entonces le vi. Me acordé, o quizás fabulé de cómo habría sido esa escena. Me vi en una de mis primeras guardias de residente de psiquiatría en la zona 4 de Observación de Urgencias de Son Dureta, un lugar oscuro y apartado del control donde se acumulaban los pacientes en situación clínica más aguda y grave durante días a la espera que se les asignara una cama en la Unidad de Agudos. Entonces las guardias era pasar horas entre boxes y observación, sin respiro, experiencia ni compañía o asesoramiento de un adjunto. En esas primeras guardias no recuerdo pensamiento o reflexión alguna. Solo recuerdo acción: estar allí y hacer cosas, según guías y protocolos de manual, aparentar calma y tirar de semblante.

A la bajada del autobús nos despedimos. El hombre seguía sonriendo y mostrando una emoción entre maravilla y agradecimiento. *Entonces sí pensé*. Me pregunté qué cosa tan simple había ocurrido que había permitido a esa persona sostenerse durante todo este tiempo, y cómo era posible que yo no recordara. Esas palabras entonces me parecieron ajenas, no las reconocí dentro de mi registro y las juzgué incluso como vanas e idiotas.

Así fue hasta recientemente. Leyendo y revisando notas alrededor de un seminario que hoy en día sigo sobre la Transferencia y el objeto a. Una perla, “El himno de la perla” y el texto apócrifo “Hechos de Pedro y los 12 apóstoles” (las únicas referencias bibliográficas que voy a dar) brilló y entonces comprendí algo.

Pude conectar con el absoluto desamparo frente a la locura en su máxima expresión en un contexto igualmente loco, como era el de la zona de observación de urgencias, que entre compañeros de batalla lo llamábamos “Camboya”. ¿En qué momento un estudiante de tercero de B.U.P. sentado en las escaleras del colegio, que había llegado a la idea de que quería ser psiquiatra se había metido en ese lío? Se marcó un nuevo punto de inflexión en mi biografía. De repente he reconocido en mí lo único que en ese momento me sostenía: el propósito de ayudar. Así de simple. Desarmado de cualquier conocimiento, en un terreno loco, frente a una súplica brotaron, supuestamente, esas palabras.

Si la escena del hospital ocurrió verdaderamente, sirvió a esa persona. La escena del autobús fue una sorpresa que me dejó estupefacto. Hoy su recuerdo rebrota acompañado de desamparo y una fuerte convicción: quiero ayudar. Sin embargo, aún me quedaba la duda de dónde vienen esas palabras, y a quién acompañan.

“Tengo que escribirlo y quizás así saque una enseñanza de esta historia.” Y caminando por el salón, cosa que hago cuando intento comprender una lección difícil, imaginando cómo iba a empezar a

escribir, vino al rescate el recuerdo de mi madre. Me emocioné profundamente. Entendí que esas palabras, su potencia sanadora, no eran de mi cosecha. Fueron el regalo inesperado más maravilloso que había nunca compartido con nadie. Todo irá bien. Todo irá bien. No te preocupes. Todo irá bien. Era un mantra, quizás el último recurso, con el que mi madre aplacaba la angustia, ya no recuerdo si la suya o la mía, en momentos oscuros de mi infancia.

¿Quién lo pasa peor? ¿Es la angustia del loco o la del que tiene por misión hacer algo con eso? ¿Qué sostiene a una madre desbordada por el llanto de su bebé? ¿Qué vino antes, el llanto o la angustia? ¿En qué registro se depositan las palabras, las canciones de cuna, las oraciones, a las que recurrimos para continuar?

Transcribo un mensaje de whatsapp que envié un día antes de la redacción de este texto a mis compañeros de seminario, con los enlaces y fotos de los textos arriba mencionados.

“Hoy me he levantado, por azar o providencia, un poco gnóstico. Y con vosotros comparto estos meandros del pensamiento, casi divagaciones, que se encuentran en el camino entre el ágama Platónico de Sócrates y el objeto a de Lacan. Para situarnos, concretamente dicen los eruditos que entre el siglo II y III de nuestra era, en Oriente Medio, mezclándose griego y copto, en un contexto en el que riquezas y alimentos no los había y tampoco bastaban para curar el alma. No basta con nombrarlo, queremos al menos verlo, pero hay que ir a por él, tenemos que llegar y nos lo tienen que dar... para LLEGAR-a-SER. Es una piedra ligera brillante, como el ojo de la gacela, un “glimpse” inglés, destello que alcanza la fugaz mirada.

Enlazando, y luego me paro, que me pongo pesado, parece que hay algo del orden de la experiencia que, siendo, sobrepasa lo decible, y se repite, vuelve, nos recuerda algo olvidado, extranjero a nosotros pero reconocible en el semejante, que, asumiendo la pérdida, podemos traducir, transcribir, representar de forma plástica y, si escuchamos bien a las “Otras” Musas, alzarnos entre los miembros de una comunidad como artistas inspirados: Aquí está la Angustia, llaga aullante, de la que brota, la sangre que cura, Una y Otra, per secula seculorum.”

Una más, la crónica de una Historia Universal, de una historia particular, la de un lamento en busca de un consuelo. Las lágrimas son perlas que caen al mar.

Contacto: Javier Alejandro Kuhalainen Munar ☎ 629 212 350 ✉ elkuha@gmail.com
C/ Jesús 16-4º A. 07003-Palma de Mallorca

Para otras referencias

https://es.m.wikipedia.org/wiki/El_Himno_de_la_perla

https://es.m.wikipedia.org/wiki/Hechos_de_Pedro_y_los_Doce